

Julio Aróstegui

COMBATIENTES REQUETÉS  
EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA  
(1936-1939)

## INTRODUCCIÓN Y RECONOCIMIENTOS

La primera edición de la presente obra apareció en 1991. Hace, pues, más de veinte años. Pero su preparación comenzó bastantes años antes, en 1974. Si una obra historiográfica es siempre un documento cerrado en sí mismo, su actualización, siempre posible, no es ajena al tiempo transcurrido desde su aparición. Sobre todo en un tema tan vivo aún como la Guerra Civil española. Es, pues, mucho el tiempo que ha pasado, que, por lo demás, no lo ha sido en vano. En veinte años han cambiado muchas cosas: nuestra visión histórica, las disponibilidades documentales, la presencia de nuevos trabajos. Y, desgraciada e inevitablemente, este tiempo ha sido también el de la desaparición de muchos de los que vivieron esta historia como protagonistas y testigos.

¿Por qué una segunda edición? El original mereció el premio de la Fundación Hernando de Larramendi, ex aequo con el de Julio Montero sobre el Estado Carlista en 1872-1876. Pero debemos comentar al lector que la primera publicación de la obra fue, desde el punto de vista de su presentación editorial, una empresa frustrada a causa del extraordinario descuido con que los realizadores materiales de la composición e impresión —no, por supuesto, la Fundación Hernando de Larramendi ni la Editorial Aportes— cumplieron su compromiso de materializar el libro. La obra circuló, pues, cargada de erratas y de esa situación nos dieron cuenta no pocos lectores. El autor de la obra confiesa que nunca fue objeto de un descuido semejante. No es el momento de insistir en esa vieja historia, desde luego, ahora que estamos en condiciones de enmendar aquel desaguisado como el tema y sus protagonistas se merecen. En buena manera esta nueva salida era una obligación de «justicia histórica», primero para con los protagonistas de la historia que aquí se narra, luego para

con los lectores, las personas que trabajaron en la preparación del texto, así como para los pioneros de la empresa que abordamos —ambos infelizmente desaparecidos ya—, de cuya ayuda, de todo tipo, y herencia intelectual nos aprovechamos en su momento en una importante parte, Ángel Lasala y Javier Lizarza. Sin olvidar tampoco a quienes acabaron auspiciando la publicación, representados por la Fundación Hernando de Larramendi, que es ahora también la impulsora de esta segunda salida. La reparación afortunadamente ha llegado.

Si desde la primera publicación de la obra han transcurrido más de veinte años, son casi ochenta los que nos separan ya de los hechos históricos que aquí se narran. En todos los sentidos, ambas coyunturas, la histórica, y su reflejo, la historiográfica, fueron visiblemente distintas de la que vivimos hoy. La Guerra Civil española de 1936–1939 ha adquirido ya, sin discusión de nadie, el carácter del hecho más trascendente de nuestra historia contemporánea, si bien con la extraordinaria circunstancia de que sigue siendo un suceso histórico que «se resiste a recluirse en los libros y las aulas», como hemos escrito en alguna otra ocasión. Es decir, que sigue siendo una de nuestras realidades del pasado, la que más, que permanece en su actualidad social, política, intelectual, artística, etc., y, en consecuencia, sigue presente en la memoria, en la confrontación ideológica, en la consideración social, como hecho del pasado aún reciente cuyas huellas actuales son fácilmente perceptibles. Y, por lo demás, la consideración histórica del hecho no ha perdido un ápice de su interés científico y social. Los estudios sobre la Guerra Civil siguen constituyendo un acervo copioso de nuestra producción historiográfica.

No cabía, pues, una simple reproducción digna de lo que entonces escribimos. Era precisa una revisión a fondo y un enriquecimiento de lo entonces publicado y eso es, justamente, lo que esta reedición contiene. Sin embargo, no sería justo dejar de señalar igualmente que la base documental sobre la que se escribió la primera edición de la obra era ya razonablemente avanzada para su tiempo: la exploración de fondos documentales archivísticos privados y públicos, testimoniales y periodísticos, con muchas informaciones directas de protagonistas, se llevó adelante con un innegable afán de exhaustividad. No ignoramos, en cualquier caso, que un acervo histórico jamás puede considerarse agotado, que siempre quedan cosas por tratar y que lo mucho que se ha publicado sobre el asunto desde entonces impone la necesidad de incorporarlo a tal acervo.

La historia de quienes combatieron en la Guerra Civil en las filas del carlismo contó entonces con una primera obra de conjunto con la que queríamos y creíamos contribuir a esa historia de aquella veterana fuerza, el carlismo, la más antigua de las

agrupaciones políticas españolas existentes en los años treinta; sujeta, por lo demás, en aquellos mismos años, a una de las más espectaculares renovaciones de pensamiento y organización por la que hubiera pasado grupo político alguno. La crónica de la gestación de la obra creemos que tiene cierto interés, más allá de lo anecdótico, por cuanto explica algo de lo que significó el esfuerzo y de su contribución al mejor conocimiento de avatares significativos de la historia del carlismo y de la Guerra Civil, contrastándola con el significativo cambio que se ha operado en ambos territorios. Por tanto, no creemos ocioso dar al lector alguna cuenta, breve, de ello.

Hace ahora algo más de medio siglo, en 1956, dos militantes y estudiosos de la historia del carlismo, Ángel Lasala Perruca y Francisco Javier Lizarza Inda, pasaban revista, en correspondencia entre ellos, al estado en que se encontraba la magna obra que venían preparando sobre el *Historial de los Tercios de Requetés durante la Cruzada*. En un escrito «confidencial» —así lo caracterizaban— de 1 de septiembre de 1956, redactado por Ángel Lasala y enviado a Javier Lizarza, se hacía balance y comentario del estado presente de los objetivos de aquel estudio, los materiales allegados, los huecos de su información, el tipo de obra que pensaban preparar y las dificultades editoriales que se presentaban para ello. Aquel interesante texto, y las precisiones sobre el estado de trabajo que lo acompañaban, es un documento que tiene hoy, en relación con lo que se pretende en este otro, un notable interés, más allá de la curiosidad del precedente. Pues ese escrito, decimos, nos orienta de alguna forma entre los materiales de información que efectivamente aquellos dos estudiosos llegaron a acumular.<sup>1</sup>

Sin proponérselo, desde luego, este escrito nos proporcionaba una excelente lección de método: fundamentar una historia sobre los testimonios de sus protagonistas, y un sorprendente catálogo de las dificultades técnicas y editoriales que entonces se presentaban. Pero, además, mostraba muy diáfananamente cómo se construía en los ambientes militantes la historia de la última intervención armada del carlismo en los conflictos españoles veinte años después de su comienzo, cuando permanecían vivos la mayor parte de los protagonistas que hicieron la guerra y sobrevivieron. Pero, sobre todo, y esto es lo que llama especialmente nuestra atención, aquella empresa, aunque lo era de militantes, superaba con mucho en rigor, escrupulosidad en el manejo de la información y objetividad en sus juicios y presupuestos las publicaciones provenientes de antiguos combatientes o propagandistas, en una época propicia a ellos.

Se contenían en el texto que comentamos pasajes de curioso interés como los que siguen, que no queremos dejar de glosar. A la altura de 1956, Lasala y Lizarza pensaban que no habría «trabas legales» para la edición de la obra y opinaban que el

empeño urgía por cuanto el paso del tiempo le haría perder interés. Era, desde luego, una obra para militantes o personas muy interesadas en el tema genérico de la Guerra Civil. El problema de conseguir ventas suficientes de la obra marcaba el proyecto editorial en su conjunto con un tinte de empresa heroica. En principio, los autores pensaban que se trataría de «unas sesenta unidades (militares) en términos generales». Muchas de ellas darían poco de sí, pero se pensaba que en todas las provincias habían existido núcleos, «y se logró mucho o poco». No podría contarse la historia entera: «Cabe y conviene callar muchos de los pequeños detalles que en la práctica hemos conseguido para tantísimas unidades. Por innecesarios unos, por inadecuados algunos, por poco periodísticos los más», decía Lasala en muy reveladoras palabras.

Suponían luego que de las sesenta unidades cuya existencia histórica creían poder documentar —cosa que, aunque el lector le parezca increíble dada la cercanía histórica de los hechos que trataban, no era nada fácil de conseguir; tal era el grado de dificultad que ofrecía entonces el acceso a cualquier documentación oficial relacionada con la Guerra Civil— serían «*solo unas treinta las que tengan un historial de verdad* (un historial de toda la guerra)». <sup>2</sup> Aunque reconocían que la descripción del historial de los tercios tenía su mayor sentido agrupando a tales unidades por su procedencia regional, destacaban la dificultad «comercial» que supondría editar volúmenes regionales cuyo mercado podría quedar restringido a la propia región afectada.

Debemos advertir desde ahora que la obra que Lasala y Lizarza preparaban nunca se publicó. El intenso trabajo de acopio de materiales llevado a cabo no tuvo más reflejo público que algunos artículos de revistas, comentarios bibliográficos y ciertos ensayos breves de los autores sobre sucesos o episodios muy concretos de la guerra. De hecho fue Ángel Lasala el más prolífico, aunque también Javier Lizarza ha puesto en letra impresa algunos importantes extremos relacionados con aquella investigación. La infortunada y prematura muerte de Lasala hizo que el proyecto se abandonara y que aquel magno *Historial de los Tercios de Requetés* quedara sin hacer. Aun sin confesárselo explícitamente, Lasala y Lizarza parecen admitir sin titubeos que el carlismo era una fuerza minoritaria, por cuya historia había un limitado interés, circunscrito casi únicamente a sus propios adeptos, que no llegaría nunca a esfera alguna del régimen —solo pensaban en alguna ayuda a la edición por parte de entidades locales o regionales—. En aquellos momentos el estado de redacción de la obra era muy desigual —Lasala lo detalla en su informe—, pero los materiales con que pensaban contar estaban casi totalmente allegados. Sin embargo, a un lector ajeno, aun cuando mínimamente crítico, le da la impresión de que el estado del trabajo era mucho menos completo de lo que ellos estimaban.

Algo así como veinte años después de esta recapitulación que comentamos, a fines de 1974, Javier Lizarza, siguiendo la sugerencia del historiador estadounidense Stanley G. Payne, entabló contacto con el autor de estas líneas para hacer una propuesta, cuyas dimensiones «académicas» procuró Payne dejar bien claras —hay que decirlo sin titubeos en su honor—, que en esencia se concretaba en el intento de culminar aquella obra comenzada muchos años antes. Sería abusivo e innecesario seguir aquí en detalle la evolución de aquellas conversaciones cuyo resultado final fue la obra que estamos comentando.

Si los orígenes de aquella historia —y de esta también, por consiguiente— son los que narramos, la segunda parte de ella es, sin embargo, más compleja y tampoco podemos, ni debemos, abusar de su narración aquí. Algún comentario, empero, no será ocioso. En los años setenta del pasado siglo, en plena transición posfranquista, tenía ya escaso sentido mantener un proyecto de trabajo que había surgido en circunstancias muy distintas y con medios más limitados. No era concebible culminar aquella historia sin más documentación que la allegada, reduciendo las fuentes a los prolijos y pacientes datos recogidos, sobre todo, de los protagonistas, las informaciones de la prensa y alguna documentación impresa oficial, más el empleo de la bibliografía, aún escasa, de la que se podía disponer en España en los años cincuenta sobre la Guerra Civil. A mediados de la década de los setenta las posibilidades de acceso a fondos documentales relacionados con la guerra eran ya reales. Por tanto, nuestro trabajo no se limitó en modo alguno al uso de la documentación recogida por Lasala y Lizarza.

La búsqueda de fuentes se amplió de manera decisiva, con intención claramente exhaustiva, para renovar enteramente las bases de información documental, con el decidido, entusiasta y decisivo apoyo de Javier Lizarza, de forma que la ambición con que se planteó aquel proyecto es, tal vez, en mi opinión de hoy, una de las claves de este prolongado tiempo de espera que afectó a la primera edición. La investigación se orientó hacia los archivos militares donde estaba contenido el grueso de la documentación militar de la Guerra Civil, que en los decenios anteriores eran inaccesibles para los historiadores, con excepción de los militares profesionales que habían emprendido los primeros trabajos basados en una documentación directa.

Esta nueva investigación histórica tenía, era evidente, planteamientos y talante distintos a los de un trabajo hecho por militantes serios y nada fantasiosos, con afán de recoger la mayor cantidad de información posible, sin duda, pero con orientación claramente periodística, como reconocía Ángel Lasala. Nuestro trabajo de entonces era, o pretendía ser, no obstante, una prolongación de aquel otro previo, tal vez algo

más profesionalizado, y siempre de acuerdo con las posibilidades nuevas de información documental que los tiempos posteriores a 1975 ofrecían. También la subyacían concepciones distintas, es natural, sobre el significado y el procedimiento de una investigación histórica. Pero nadie se arrogó nunca precedencias en cuanto a la común claridad de las intenciones de todos.

En los años setenta y primeros ochenta se hizo, bajo mi dirección, pues no fui yo el único investigador que participó en la empresa, un importante acopio de nuevas fuentes históricas sobre el asunto. Se emprendieron y culminaron dos tareas de bastante interés: la exploración del llamado entonces Archivo de la Guerra de Liberación, del Servicio Histórico Militar, de Madrid, y del interesantísimo Archivo de la Milicia Nacional que entonces tenía una sede propia, aun cuando orgánicamente dependiente del Ministerio del Ejército. Aquel trabajo empezó, pues, recayendo su materialidad en un pequeño equipo de investigadores formado por José Manuel de la Torre Acosta, Manuel Fernández Cuadrado y Manuel Civieta, además de mí mismo, y a ellos considero en justicia coautores de él, en unión de otros colaboradores posteriores, aunque su redacción y la responsabilidad final hayan de ser enteramente atribuidas a quien firma estas líneas.

El cuadro no solo no quedaría completo, sino que carecería de su natural fondo, si no mencionáramos de manera muy especial lo que en este trabajo supuso entonces el aliento constante y el mecenazgo generoso de Javier Lizarza. Su biblioteca personal, las facilidades de todo tipo dadas para el manejo de la documentación de su archivo y del de su padre, Antonio Lizarza Iribarren, que tan importante papel jugó en los orígenes de los acuerdos que dieron lugar al alzamiento en Navarra, el apoyo de sus grandes conocimientos sobre el carlismo y sobre las personalidades vivas de esa militancia, el contacto que nos facilitó con muchos protagonistas aún vivos, las ayudas económicas cuando fueron precisas fueron factores esenciales, imprescindibles, en esta historia. Y lo más importante de todo, que es necesario también reseñar: ni Javier, ni persona alguna de su entorno, ni personalidades ni estructura alguna ligada a la actividad política, ideológica, intelectual de lo que entonces era el carlismo pretendieron jamás ni influir, ni menos aún coartar, el libérrimo trabajo de preparación que hicieron el autor principal y los colaboradores de este empeño.

De tal forma, la historia del carlismo en la Guerra Civil de 1936-1939, que entonces tratamos casi exclusivamente en su aspecto militar, pudo reunir una base documental que, creemos, conserva hoy, como es natural, su valor íntegro. Debemos reconocer que, tras ese esfuerzo investigador, esta obra compleja no tuvo tampoco, una vez más, la conclusión en el tiempo y circunstancias que cabía y era justo esperar.

La empresa no pasó en los primeros años ochenta de la redacción de alguna de sus partes, en concreto de los precedentes del asunto en la época republicana de preguerra y de los esquemas generales de los historiales de las unidades militares creadas por el carlismo. Sería difícil dar una razón cabal del origen de esta nueva suspensión que no fuera una especulación que parece mucho más prudente dejar para los entresijos de nuestras propias trayectorias personales y profesionales, de los que es conveniente hacer gracia al lector.

La lección más provechosa de este primer y real fracaso es, probablemente, la de que el acopio de una importante cantidad de documentación no es condición suficiente nunca para decir que se ha llegado al nivel requerido para hacer un discurso historiográfico adecuado. Es precisa además una cierta madurez de los conceptos, una comprensión entera del problema que se juzga, de la historia que se quiere reconstruir, que no se reducía meramente a unos historiales de unidades militares. La sensación de que la ingente cantidad de información operaba más como los árboles que impedían ver el bosque que como cimientos suficientes de un gran edificio estuvo presente al final de aquella fase del trabajo. Pero estas reflexiones son posiblemente impertinentes ante el lector de «historias» reales no interesado en las trastiendas de su reconstrucción. Casi quince años después del comienzo del trabajo pudo verse aparecer un intento de exposición global, que por lo demás nunca podremos, no obstante, considerar completa y definitiva, sobre los combatientes carlistas en la Guerra Civil de 1936-1939, que era el objetivo último planteado entonces.<sup>3</sup>

La moraleja de todo esto, amable lector, y con ella termina este discurso que se ha prolongado demasiado, no parece difícil de establecer en principio. Después de repasar las efemérides y etapas por las que pasó este intento a los veinte años del comienzo la Guerra Civil, de nuevo a los treinta y cinco y a los cincuenta y, por fin, hoy, a los más de setenta de su terminación, no cabe estar descontentos de lo realizado. Una parte importante de la complicada historia de la Guerra Civil quedó iluminada, al menos, con una luz algo más potente que la anterior. Pero en historia nunca podremos hablar de una total iluminación, entre otras cosas porque unos y otros colocamos nuestros focos, más o menos abundantes y seguros, de distinta manera. La moraleja, decimos, seguramente más provechosa, es que en historia nunca dirá (diremos) nadie la última palabra...

Es preciso, en principio, dar el tributo debido a quienes empezaron, hace ya muchos años, a recoger materiales de «tradición oral», como eran en lo esencial los recopilados por Lasala y Lizarza, actuando como pioneros años antes de que los historiadores profesionales entendieran la validez real de esa fuente de información. A quienes



luego trabajaron muchas horas en los archivos fundamentales para el conocimiento de la Guerra Civil, con vicisitudes y dificultades largas también de contar pero muy instructivas y que han hecho posible la existencia de una ordenada masa de información de variada procedencia que es la garantía de su contrastación adecuada.

Seguramente habrá que lamentar que este escrito, por más esfuerzos que en él se hayan volcado, no llegará seguramente a hacer honor completo al esfuerzo que le subyace. La verdad es que ese es el destino de todos los textos historiográficos. Pero este quiere ser, eso sí, una contribución verdaderamente útil a la reconstrucción histórica que nunca debió demorarse tanto. La obra es, ante todo un homenaje a quienes vivieron una experiencia que marcó inexorablemente sus vidas y más aún, a quienes se esforzaron por comprender y explicar *por qué* sucedieron aquellas cosas, aunque sus explicaciones no tengan por qué ser compartidas por todos.

Por ello, esta obra está precedida por un *in memoriam* de quienes fueron sus auténticos pioneros, todos ellos, desgraciadamente, ya fallecidos hoy. Homenaje a Antonio Lizarza Iribarren, que fuera delegado de Requetés en Navarra y padre de quien actuó de hecho como inspirador y mecenas de esta obra, Javier Lizarza. Y a Ángel Lasala, médico y combatiente carlista aragonés, que emprendió la más ingente tarea de recopilación de fuentes históricas sobre el hecho aquí estudiado y que no llegó a ver culminada su tarea. Y, por fin, a Ignacio Hernando de Larramendi, una buena parte de cuya prolífica actividad estuvo dedicada a la transmisión de la historia del carlismo.